An aerial view of an archaeological excavation site. Several workers are seen working in a large, rectangular pit. They are using various tools like shovels and brushes. There are several black buckets scattered around the site, some containing rocks or debris. The ground is dry and sandy. The workers are wearing casual clothing, including t-shirts, shorts, and hats. The overall scene is one of active archaeological work.

Campaña XX 2009

DE EXCAVACIONES
ARQUEOLÓGICAS

EN **PINTIA** (PADILLA DE DUERO/PEÑAFIEL)



Reposición de algunas de las tumbas exhumadas, una vez restaurados sus materiales, en los hoyos donde fueron descubiertas.

La alta densidad de grandes estelas calizas localizadas en este sector de la necrópolis propició una conservación inusualmente favorable de las tumbas.



Un año más, y son treinta desde el inicio en 1979, las excavaciones arqueológicas se han centrado, durante 2009, en la necrópolis de Las Ruedas. Como en ediciones anteriores, la actividad se desarrolló en el marco de los tres Cursos Internacionales Teórico-Prácticos de Arqueología, durante los meses de junio a agosto, en la Zona Arqueológica Pintia, con la participación de 45 alumnos. La intervención sobre una superficie de 192 m², en un total de doce sectores de 4x4 m, con una potencia media de 1,5 m, ha representado el movimiento de cerca de 300 m³ de tierra. Pero sin duda, la singularidad de la intervención en este sector del yacimiento ha venido dada por la alta densidad de grandes estelas pétreas halladas, llegando a crear una especie de coraza que preservó de los arados, como en ningún otro lugar habíamos documentado, un conjunto de enterramientos en un estado de conservación espléndido. Un total de 44 tumbas fueron exhumadas, contabilizándose más de seiscientas piezas contextualizadas. Un volumen de información que, sin duda, enriquece sustancialmente las bases para ensayar un estudio social desde la perspectiva de la Arqueología de la Muerte.

La cronología de los conjuntos recuperados parece bastante homogénea y remite a fechas comprendidas entre mediados-finales del siglo II y los inicios del siglo I a.C.

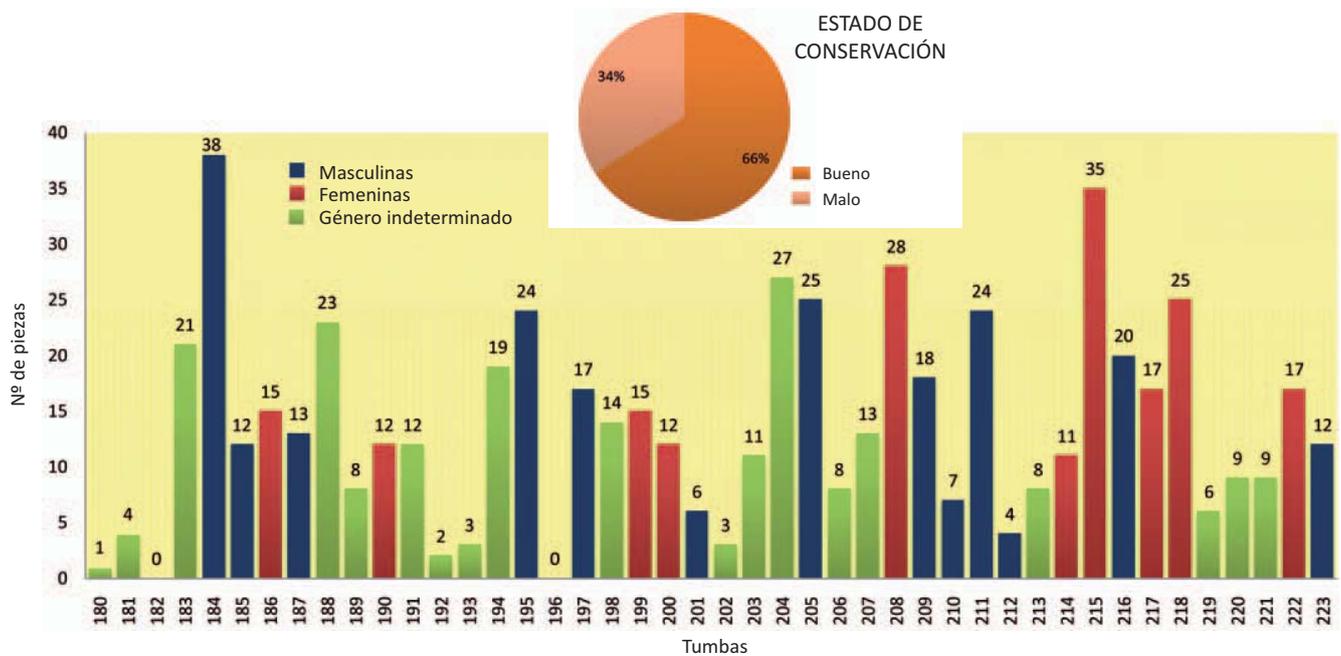
Como queda dicho, cabe destacar que, al contrario de lo sucedido en años anteriores, cuando la mayor parte de las tumbas aparecían con serias deficiencias de conservación como resultado de las tareas agrícolas, en el sector intervenido dos tercios corresponden a tumbas de conservación buena o muy buena, proporción que duplica lo observado para otras zonas de la necrópolis.

Esta situación se debe tanto a la aparición de casi un centenar de estelas de piedra caliza, que actuaron como cubierta protectora, como a la profundidad a la que se hallaron los conjuntos funerarios, estando algunos a casi dos metros. Además, una docena de ellos aparecieron cubiertos parcial o totalmente por lajas calizas de mediano tamaño que cumplieron funciones específicas de sellado.

En total se han documentado 608 piezas, cuyas asociaciones y concentración en este espacio del cementerio, con una media de más de doce objetos por

tumba, vienen a confirmar la existencia de áreas reservadas a las élites. No debemos olvidar, sin embargo, la compacidad de sepulturas que únicamente albergaban los huesos del difunto, caso de las 182 y 196, que vienen a sumarse al limitado repertorio de tumbas "pobres" conocidas hasta ahora en el cementerio de Las Ruedas.

Continúa sorprendiendo la gran cantidad y variedad tipológica de los repertorios vasculares, amén de la presencia de piezas cerámicas ciertamente singulares, tales como la lucerna en miniatura de la tumba 207 o las plaquitas



de cerámica con decoración excisa que formaban parte de los conjuntos 207 y 218, que se suman a la ya conocida de la tumba 153. En total se han recuperado 378 vasijas cerámicas, de las cuales 91 están hechas a mano y 287 son torneadas; entre estas últimas son mayoría las producciones pintadas, con 177 vasos, a los que se unen los 97 recipientes elaborados en pasta tosca y los 13 realizados en *cerámica negra bruñida*. Destaca

la variedad tipológica que de este último grupo se ha documentado en la presente campaña, con cuencos, copas, botellas y jarras, y asimismo una presencia inusitadamente alta, con cinco ejemplares, en la tumba 215, lo que proporciona carta de naturaleza a este tipo de producción en *Pintia*.

Por otra parte, se han contabilizado 163 objetos metálicos, correspondientes a panoplia –puñales, puntas y

regatones de lanza y escudos–, banquete –parrillas, cuchillos y pinzas para el fuego–, objetos funcionales –punzones, espátulas–, aseo personal –navajas de afeitar, tijeras y pinzas de depilar–, adornos –fíbulas, broches y colgantes– y, finalmente, una pieza de hierro destacable: un báculo de autoridad presente en la tumba 216, el único hallado por el momento en la necrópolis que nos ocupa, similar a los documentados en Numancia, aunque correspondiente, en este caso, a la tipología más simple, conformado por un empuñe tubular que remata en dos brazos a modo de horquilla describiendo un semicírculo y de cuyos extremos penden dos arandelas.

En este sentido, los elementos de la panoplia han sido muy abundantes y variados; debe tenerse en cuenta que, frente a los ya conocidos puñales Monte Bernorio, seña de identidad de la necrópolis de Las Ruedas durante años, ha hecho aparición, sobre todo en esta úl-

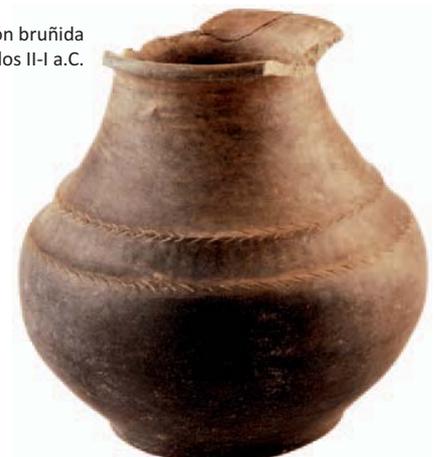
Plaquita excisa con anillas colgantes de la tumba infantil 218, necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C.



Vasito hecho a mano, con decoración impresa y plástica, de borde reentrante, de la tumba 218 de Las Ruedas, siglos II-I a.C.



Botella torneada negra de superficie y decoración bruñida procedente de la tumba 215 de Las Ruedas, siglos II-I a.C.



Fíbula de apéndice vertical con botón terminal, en bronce, de la tumba 197, necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C.





Pareja de cajitas zoomorfas, ejecutadas en técnica incisa y excisa, recién exhumadas, procedentes de la tumba 199 de Las Ruedas, siglos II-I a.C.

tima campaña y en siete tumbas —185, 187, 195, 201, 205, 210 y 211—, un nuevo tipo denominado *puñal de filos curvos* o también de tipo Villanueva de Teba y La Osera, muy común en yacimientos autrigones y en menor medida vettones, que presenta una cronología

Una de las participantes excavando un conjunto funerario en la necrópolis de Las Ruedas.



coherente con la de las tumbas exhumadas. Esto viene a reafirmar la personalidad de la cultura material vaccea diferenciándola de lo que se observa para la Celtiberia en las postrimerías de la Edad del Hierro, matizando el pensamiento tradicional de la expansión del tipo biglobular desde la meseta oriental.

A estos objetos cabe añadir la comparecencia de medio centenar de producciones singulares de cerámica que incluyen veintidós canicas, catorce fusayolas, diez cajitas zoomorfas y un abalorio, además de las placas y la lucerna previamente mencionadas. Por su parte, el repertorio de materia orgánica incluye cinco mangos de hueso, siete huevos, tres esferas carbonosas o la impronta de una bellota en unas tijeras de hierro de la tumba 205.

Por lo que atañe a los restos óseos cremados, se reitera el uso como urna cineraria más frecuente de las cerámicas comunes, las que llamamos ollas toscas torneadas, con función sobre todo de almacenaje en los contextos habitacionales. Hasta veintiséis de ellas se contabilizaron, siendo otras

dos de elaboración manual —tumbas 185 y 203— y una tercera en cerámica negra bruñida —tumba 217—. Únicamente dos enterramientos carecían de restos óseos —tumbas 191 y 212—, probablemente resultado de la alteración de los conjuntos más que de la expresión de cenotafios. Las “tumbas pobres” 182 y 196 mostraban el paquete de huesos humanos agrupado y dispuesto directamente sobre el suelo. En el resto de los enterramientos, como consecuencia de ciertas alteraciones internas, no fue posible establecer el contenedor preciso en el que fueron depositados los difuntos. Llama la atención que seis de las 44 tumbas exhumadas tengan más de trescientos gramos de hueso cremado, sin superar en ningún caso el medio kilo, lo cual ofrece cierto contraste con la reducción observada para este material en cronologías avanzadas.

Pese a carecer aún de los pertinentes análisis antropológicos que definan, cuando es posible, sexo y edad de los individuos enterrados, podemos aproximarnos a estos aspectos a partir



Tumba 183 *in situ* de la necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C.

de la comparecencia de determinado tipo de elementos en los ajuares. Así, la aparición de panoplia y objetos de aseo personal permitirían definir identidades masculinas; precisamente, en esta campaña ha sido muy significativa la presencia de tumbas con armamento —184, 185, 187, 195, 197, 201, 205, 209, 210, 211, 212 y 223— las cuales, en su mayoría, cuentan con una punta de lanza. También podrían incluirse en el grupo de varones los conjuntos 198 y 220, que contienen pinzas y navaja, en el caso del primero, y navaja, en el segundo.

Por otro lado, de los diez conjuntos que incluyen fusayolas, uno —tumba 211— se asocia a una completa panoplia, pudiéndose interpretar tal vez aquí este elemento, vinculado a la actividad textil, como ofrenda de una mujer hacia el difunto; las otras nueve tumbas —186, 190, 199, 208, 214, 215, 217, 218 y 222— resultan concordantes en su constitución fundamentalmente cerámica, incluyendo también algún elemento metálico de banquete y adorno, por lo que podrían adscribirse al sexo femenino. Con todo, sorprende la ausencia de agujas de coser en el sector de la necrópolis intervenido.

Por último, son veintidós las sepulturas que no contienen entre su ajuar ningún elemento relacionado *a priori* con el enterramiento de individuos femeninos o masculinos; algunas de estas tumbas se caracterizan por la escasa en-

tidade de los conjuntos aunque en otras, las menos, parece producirse una deliberada ambigüedad en los marcadores de género.

En otro orden de cosas, son veintitrés los conjuntos que han ofrecido alguna evidencia relacionada con el banquete; en ellos aparecen copas, catinos y cráteras, así como elementos metálicos miniaturizados vinculados a la preparación de la carne, entre los que destacan por su abundancia las parrillas, las pinzas y los cuchillos de hierro. Estos elementos vendrían a definir la celebración de ágapes en los que el consumo de vino y de carne formaría parte de los rituales funerarios. Se confirma que estos servicios de bebida y comida no son exclusivos de las élites guerreras masculinas sino que comparecen, además, en tumbas femeninas e incluso en algunas tumbas infantiles. En relación con este punto cabe destacar que el 80% de las tumbas contaban con algún tipo de ofrenda animal; en total han podido ser documentados ciento cincuenta y un grupos de restos óseos animales, más de 3,7 kg de peso, en las sepulturas excavadas, destacando la abundancia de fauna representada en las tumbas 195, 209, 211 y 215, sobre todo esta última con una veintena de conjuntos.

Finalmente, dentro de los aspectos rituales observables a partir del registro arqueológico debemos tener en cuenta la aparición de manchas de com-

bustión, probablemente resultado de la quema de resinas, testimoniadas en las sepulturas 190, 195, 205, 208 y 213, que aportan un valor añadido a la riqueza material de las mismas. No obstante, debe llamarse la atención sobre el hecho de que un número elevado de estelas calizas presentarían en su superficie de contacto con los hoyos de las tumbas señales muy claras de rubefacción. Tal circunstancia podría ponerse en relación con el ritual arriba indicado, con lo que nos encontraríamos ante un sistema de cierre de la tumba mediante grandes estelas concebidas, por tanto, no para ser vistas en superficie, sino para el sellado del conjunto —proceder excepcional observado hace tiempo en conjuntos como el 54—. Otra posibilidad de interpretación pasaría por considerar que dichas estelas hubieran estado inicial-

Mancha de quema ritual (?) bajo una piedra caliza, necrópolis de Las Ruedas.

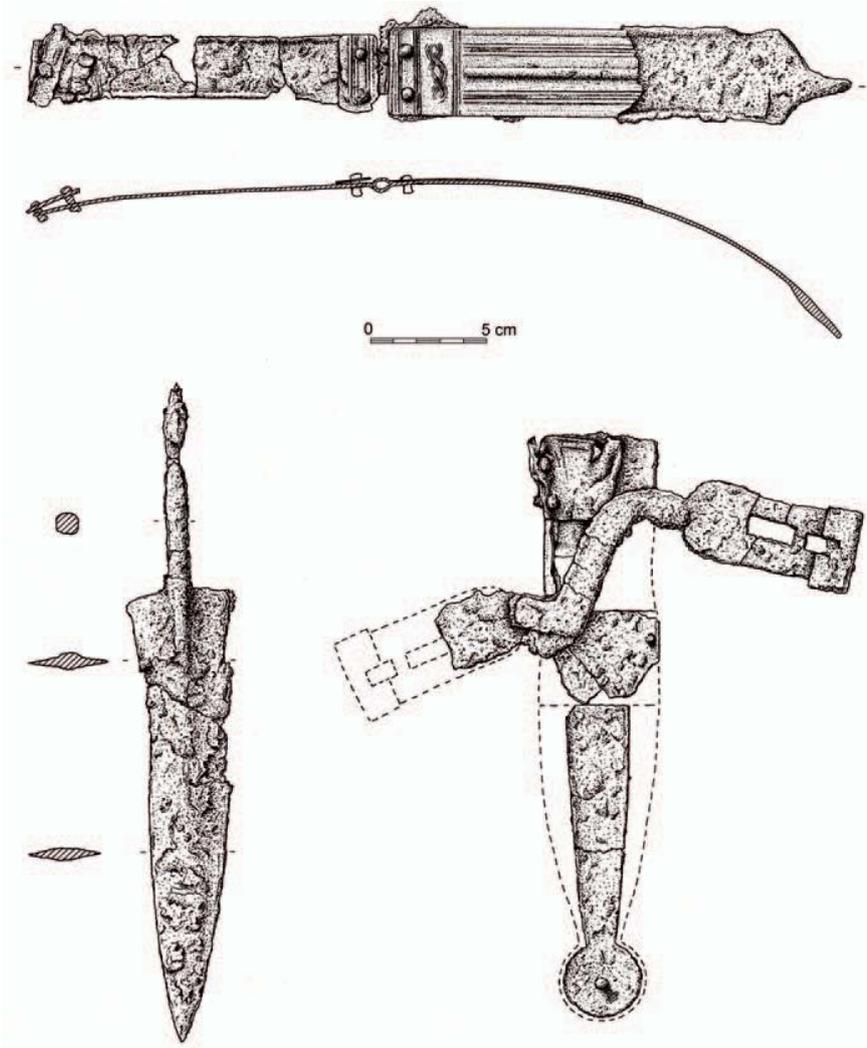




Excavando una de las tumbas (187) que rindió un ejemplar de puñal de filos curvos, necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C.



Tumba 195 de la necrópolis de Las Ruedas, también con un puñal de filos curvos entre sus ajuares, siglos II-I a.C.



Puñal de filos curvos, con su correspondiente broche, de la tumba 150 de la necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C.

mente enhiestas, señalando externamente la ubicación de las tumbas y que, habida cuenta la riqueza de esta zona, hubieran sido objeto de una “profanación o destrucción simbólica o ejemplarizante” vinculada a un episodio de crisis que bien pudiera haber coincidido con

las campañas sertorianas. La disposición en ese momento de una *contracircumvallatio* frente a las murallas de *Pintia* aislaría a la ciudad de su necrópolis; los asediados podrían haber pretendido con dicha profanación humillar a los pintianos que, del otro lado de sus mura-

llas, asistirían impotentes a esta afrenta a la memoria de sus antepasados.

NO SÓLO PUÑALES MONTE BERNORIO...

Hasta 2008 el modelo de puñal de la necrópolis de Las Ruedas no era otro, salvo alguna excepción, que el de tipo Monte Bernorio; un modelo cuya peculiar morfología presenta, además de un probable origen vacceo, un arraigo especial en estas tierras del Duero Medio. Sin embargo, en las dos últimas campañas de excavación, pero sobre todo durante 2009, ha irrumpido con fuerza en el registro armamentístico de este cementerio un nuevo modelo: los *puñales de filos curvos* también conocidos como tipo Villanueva de Teba y La Osera, cuya cronología en Las Ruedas nos remite a los siglos II-I a.C.

Hasta el momento tan sólo se habían documentado dos ejemplares en contexto cerrado: uno completo en la tumba 150 y restos de otro en la 142, amén de algunos elementos sueltos en posición secundaria. A estos han venido a sumarse los cinco puñales completos y los restos de otros dos de la presente campaña, que ratifican el tipo en el yacimiento. Sus características, netamente diferenciadas de los modelos bernorrios, les otorgan carta de naturaleza, como ocurre con otros modelos de armas protohistóricas con una historiografía más consolidada.

Presentan hojas de forma pistiliforme, con el nervio central marcado y finas acanaladuras paralelas a los filos —aunque no siempre es fácil determinar este aspecto debido a la oxidación, resulta perfectamente observable en el



Tumba 185, necrópolis de Las Ruedas, siglos II-I a.C., con diversas producciones cerámicas; en primer plano, un puñal de filos curvos todavía por restaurar.

caso del ejemplar de la tumba 195—, y los hombros de la hoja levantados formando ángulo recto con la espiga, de sección rectangular. Sobre ésta se montaría la empuñadura compuesta por tres elementos claramente diferenciados: guarda, puño y pomo que remataría en una pequeña virola de forma variable —de cuerpo cónico, semicircular, esférica, con casquete semiesférico, etc.—. Estos tres elementos, cuando no hechos en material orgánico, están realizados con láminas metálicas en bronce —anverso— y en hierro —reverso—, unidas por pernos fijados a la espiga mediante presión, ayudados por un material de naturaleza orgánica, ya sea madera o hueso.

El repertorio formal de las cerámicas vacceas se enriquece año tras año, con tipos nuevos como el presente procedente de la tumba 184.



Las vainas, por su parte, están constituidas por un armazón de cantoneras unidas mediante láminas enterizas que ocultan la hoja, rematando en la contera en un disco que queda hueco en su interior. Las láminas del anverso, realizadas igualmente en bronce al contrario que las del reverso hechas en hierro, suelen mostrar una sencilla decoración incisa a base de líneas paralelas horizontales y verticales, mientras que el disco tiene una decoración de círculos concéntricos de perlitas y líneas incisas.

Estas dagas, colocadas en el costado izquierdo, irían suspendidas del cinturón constituido normalmente a partir de un gran broche de forma rectangular, perfil curvado y decoración chapada en bronce, al que se sucederían dos o tres placas articuladas mediante bisagras o charnelas, igualmente chapadas en bronce, que en casos excepcionales llegarían a constituir un verdadero cinturón metálico. La unión al cinturón se hace mediante dos pequeños tahalíes metálicos enganchados a alturas diferentes en la vaina, con lo que ésta quedaría inclinada cuarenta y cinco grados facilitando el desenfunde del puñal.

Estos ejemplares aparte de registrarlos en el yacimiento pintiano, como decíamos antes, han sido documentados en la zona autrigona, donde destaca la necrópolis de La Casajera (Villanueva de Teba, Burgos) con una treintena de ellos, asimismo en el área vettona con otros dos en el cementerio abulense de

La Osera (Chamartín de la Sierra), además de algunas piezas sueltas entre los cántabros. Distribución que afecta, por tanto, a la cuenca media del Duero y el Alto Ebro, reproduciendo el área de dispersión de los puñales Monte Bernorio de la fase de expansión aunque con una cronología ligeramente posterior.

En suma, los ejemplares de filos curvos hallados en Las Ruedas, testimonian un cambio en la imagen de los guerreros vacceos durante las dos últimas centurias antes de la Era, conviviendo e incluso tal vez sustituyendo a los ostentosos, pero poco funcionales desde un punto de vista militar, puñales Monte Bernorio. Estos nuevos, más eficaces al contar con una hoja de mayores dimensiones, y una vaina y un pomo de tamaño mucho más reducido, constituyen una interesante alternativa a la profusión, en estos momentos y en otros ambientes, de los puñales bidiscoidales puestos en relación con los movimientos celtibéricos hacia occidente.

Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero
Roberto de Pablo Martínez
Cristina Górriz Gañán